



Instituto Teológico "San Fulgencio" (Murcia)

*Ciclo Institucional*

24AM05. **Ars celebrandi. Liturgia especial** (3 ECTS).

Profesor: Dr. Ramón Navarro Gómez

# ARS CELEBRANDI LITURGIA ESPECIAL

## TEMA 1 LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA



### APUNTES

*Material desarrollado para el estudio autónomo del alumno*

## Presentación y orientaciones para el estudio

Este tema ofrece una exposición sistemática de la celebración eucarística en la tradición romana. El propósito no es sólo describir la sucesión de los ritos, sino comprender **qué celebra la Iglesia, cómo se ha configurado históricamente la Misa y qué criterios permiten celebrarla de modo fiel, inteligible y espiritualmente fecundo**.

La perspectiva es litúrgica y mistagógica. Por ello, la historia no se estudia como una acumulación de datos, sino como ayuda para reconocer la continuidad del misterio en formas rituales diversas. Del mismo modo, las normas no se presentan como instrucciones externas, sino como expresión de la teología de la celebración y del carácter eclesial de la liturgia.

**Método de estudio.** Conviene leer cada apartado teniendo a la vista el Misal Romano y la Ordenación General del Misal Romano. Los conceptos se comprenden mejor cuando se relacionan con textos y gestos concretos de la celebración.

### Objetivos de aprendizaje

- Comprender la Eucaristía como memorial sacramental del misterio pascual y como acción de Cristo y de la Iglesia.
- Reconocer las principales etapas históricas de la celebración eucarística y valorar la continuidad dentro de la legítima evolución ritual.
- Explicar la estructura del actual Rito de la Misa y el significado de sus principales textos, gestos y ministerios.
- Conocer la función del Misal Romano, del Leccionario y de los restantes libros de la celebración.
- Comprender el sentido de la concelebración y del culto eucarístico fuera de la Misa.
- Aplicar criterios de pastoral litúrgica y de ars celebrandi que unan fidelidad, noble sencillez, participación y belleza.

### Sumario

- Introducción. La Eucaristía, centro de la vida litúrgica
- I. Historia de la celebración eucarística
- II. El actual Rito de la Misa
- III. El Misal Romano y los libros de la celebración
- IV. La concelebración eucarística
- V. El culto eucarístico fuera de la Misa
- VI. Pastoral de la Eucaristía
- VII. El ars celebrandi de la Eucaristía
- Síntesis final, vocabulario y cuestiones de estudio

**Idea clave.** La Eucaristía no puede comprenderse adecuadamente desde un solo aspecto. Es sacrificio, memorial, presencia, banquete, acción de gracias, comunión eclesial y anticipación del Reino. La celebración mantiene unidos estos significados en una única acción ritual.

## Introducción. La Eucaristía, centro de la vida litúrgica

La Eucaristía ocupa un lugar singular dentro de la economía sacramental. No es simplemente uno de los siete sacramentos colocado junto a los demás, sino la celebración en la que la Iglesia recibe de modo culminante el don de Cristo, anuncia su muerte y resurrección, se ofrece con él al Padre, participa de su Cuerpo y de su Sangre y es enviada a vivir lo celebrado. Por eso el Concilio Vaticano II la denomina «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (LG 11).

La centralidad eucarística no disminuye la importancia de los demás sacramentos. Al contrario, permite entender su orientación. El Bautismo incorpora a Cristo y a la Iglesia y conduce a la mesa eucarística; la Confirmación fortalece con el Espíritu para participar plenamente en la vida y misión del Cuerpo de Cristo; la Penitencia restablece la comunión herida por el pecado; el Orden configura ministros para edificar la Iglesia mediante la Palabra, los sacramentos y el gobierno pastoral; el Matrimonio, la Unción y los restantes signos sacramentales encuentran en la Eucaristía la fuente de su gracia y el horizonte de su fecundidad.

### 1. Fuente y culmen de la vida cristiana

La Eucaristía es **fuente** porque de la Pascua de Cristo, hecha sacramentalmente presente, brotan la santificación de los fieles, la comunión de la Iglesia, el impulso de la caridad y la fuerza de la misión. La comunidad cristiana no vive primariamente de su organización, de la afinidad humana entre sus miembros o de la eficacia de sus proyectos. Vive de Cristo, que la convoca, la alimenta con su Palabra, la incorpora a su ofrenda y se entrega como Pan de vida.

Es también **culmen** porque toda la vida de la Iglesia tiende a la glorificación del Padre por Cristo en el Espíritu. La evangelización conduce a la fe y al Bautismo; la catequesis prepara para participar consciente y fructuosamente; la caridad se convierte en ofrenda; la misión retorna a la celebración como acción de gracias. En la Eucaristía, la Iglesia aparece de manera especialmente intensa como lo que es: pueblo convocado, Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu.

La expresión «fuente y culmen» evita dos errores. El primero consistiría en reducir la Misa a una actividad interna de la comunidad, desconectada de la misión y de la vida. El segundo sería pensar que la acción pastoral puede desarrollarse independientemente de la celebración. La Eucaristía no sustituye la catequesis, la justicia o la caridad, pero les da su forma cristiana: recibir el don, dar gracias, ofrecerse y ser enviados.

**Para recordar.** La Eucaristía es punto de llegada y punto de partida. Hacia ella se orienta la vida cristiana y de ella nace una existencia eucarística marcada por la gratitud, la entrega, la comunión y el servicio.

### 2. Vinculación con el misterio pascual

El contenido central de la Misa es la Pascua de Jesucristo: su pasión, muerte, resurrección, ascensión y don del Espíritu. La Iglesia no repite históricamente el Calvario ni representa teatralmente la última Cena. Celebra el **memorial sacramental** del único acontecimiento salvador. El sacrificio de Cristo, realizado una vez para siempre, se hace presente en el signo sacramental para que la Iglesia pueda entrar en él, recibir sus frutos y unirse a la ofrenda del Hijo.

La noción bíblica de memorial es más rica que el simple recuerdo psicológico. Recordar las acciones de Dios significa proclamarlas, dar gracias por ellas y dejarse alcanzar en el presente por su eficacia salvadora. En la Plegaria eucarística, la Iglesia obedece el mandato «Haced esto en memoria mía»: pronuncia la acción de gracias, narra las palabras y acciones del Señor, hace memoria de su Pascua, ofrece al Padre el sacrificio de Cristo e invoca el Espíritu para que los dones y los participantes sean santificados.

Desde esta perspectiva se comprende la inseparabilidad entre **sacrificio, presencia y banquete**. Cristo está presente como el Señor entregado y resucitado; su presencia sacramental es la presencia de aquel que se ofrece al Padre y se da a los suyos. El banquete eucarístico comunica los frutos del sacrificio, y el sacrificio está ordenado a la comunión. Aislar una dimensión produce visiones parciales: una Misa

entendida sólo como comida pierde la densidad de la ofrenda; entendida sólo como presencia puede quedar desligada de la acción de gracias y de la comunión; entendida sólo como sacrificio puede oscurecer la forma de banquete pascual.

### 3. Acción de Cristo y de la Iglesia

La Ordenación General del Misal Romano afirma que la celebración de la Misa es acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente ordenado (IGMR 16). **Cristo es el sujeto principal** de la liturgia. Él convoca a su pueblo; habla cuando se proclaman las Escrituras; actúa por el ministerio ordenado; ofrece al Padre su sacrificio y asocia a la Iglesia a esa ofrenda; se entrega como alimento y envía a los discípulos a continuar su misión.

La Iglesia no contempla desde fuera una acción realizada por Cristo sin ella. Como Esposa y Cuerpo del Señor, es asociada por el Espíritu a la oración y a la ofrenda del Hijo. La asamblea escucha, responde, canta, aclama, guarda silencio, intercede, presenta los dones, se ofrece y comulga. Esta participación es posible porque la Iglesia recibe una acción que la precede. La liturgia no es una producción de la comunidad, sino un don confiado a la Iglesia para que lo celebre en obediencia creyente.

La expresión «pueblo de Dios jerárquicamente ordenado» indica que la participación común no elimina la diversidad de ministerios. Obispo, presbítero, diácono, lectores, acólitos, salmista, cantores y fieles ejercen funciones distintas dentro de una acción única. La diversidad no fragmenta la celebración; manifiesta la estructura orgánica del Cuerpo de Cristo. Cada uno participa plenamente cuando realiza con fe y competencia lo que le corresponde, sin apropiarse de funciones ajenas.

**Atención.** Ni el sacerdote celebra «su» Misa ni la asamblea fabrica el misterio. El ministro y la comunidad reciben una acción de Cristo confiada a la Iglesia y participan en ella según su vocación y ministerio.

### 4. Participación plena, consciente, piadosa y activa

La participación activa, deseo central del Movimiento Litúrgico y del Vaticano II, no equivale a multiplicar intervenciones visibles. La expresión latina *actuosa participatio* designa una participación real en la acción sagrada: comprender lo que se celebra, responder con fe, unir la propia vida a la ofrenda de Cristo y dejarse transformar por el misterio.

Esta participación tiene dimensiones exteriores e interiores inseparables. El cuerpo participa mediante posturas, procesiones y gestos; la voz, mediante respuestas, cantos y aclamaciones; la inteligencia, mediante la escucha y la comprensión; la voluntad, mediante la adhesión y la ofrenda; el corazón, mediante la oración y el silencio. Una persona puede realizar muchas acciones y permanecer espiritualmente distante; otra puede participar hondamente desde una escucha silenciosa. La liturgia necesita ambas dimensiones: verdad interior y expresión corporal comunitaria.

La comunión sacramental, recibida con las debidas disposiciones, es la forma más plena de participación en la Misa. Sin embargo, la participación comienza antes: al reunirse como Iglesia, escuchar la Palabra, responder a la oración, presentar la vida con los dones y ratificar la Plegaria eucarística con el Amén. La comunión no es un acto devocional privado insertado en una ceremonia colectiva, sino la culminación del camino común de la asamblea.

### 5. Unidad de la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística

La Misa consta de dos partes principales: liturgia de la Palabra y liturgia eucarística. Están tan estrechamente unidas que constituyen un solo acto de culto (SC 56; IGMR 28). En ambas, Cristo se entrega a la Iglesia: como Palabra viva que suscita la fe y como Pan de vida que comunica sacramentalmente su Pascua.

La Palabra prepara para el sacramento no sólo porque ofrece información religiosa, sino porque Dios mismo habla, convoca, juzga y consuela. La fe nace de la escucha y hace posible reconocer el don sacramental. A su vez, la Eucaristía cumple la Palabra proclamada: aquello que las Escrituras anuncian como alianza, sacrificio, banquete, presencia y Reino se concentra en la acción eucarística.

El relato de los discípulos de Emaús ofrece un paradigma mistagógico: el Resucitado interpreta las Escrituras, hace arder el corazón, se da a conocer en la fracción del pan y envía a los discípulos de vuelta a la comunidad y a la misión. La estructura no debe separarse artificialmente. Llegar sólo para la Plegaria eucarística o abandonar la celebración antes del envío contradice la unidad del rito.

**Idea clave.** Lo anunciado en la Palabra se celebra en el sacramento; lo celebrado en el sacramento ilumina y cumple la Palabra. Una sola mesa alimenta a la Iglesia bajo dos formas inseparables.

# I. Historia de la celebración eucarística

La historia de la Misa muestra una continuidad viva. El núcleo recibido del Señor permanece, pero las formas rituales han evolucionado al entrar en culturas diversas, responder a necesidades pastorales y expresar con mayor claridad determinados aspectos del misterio. Conocer esta historia ayuda a evitar dos extremos: imaginar que la forma actual cayó del cielo ya completa, o pensar que cualquier modificación es indiferente porque todo habría sido siempre variable.

## 1. La institución de la Eucaristía

La historia eucarística comienza con la última Cena y con el mandato de Jesús: «Haced esto en memoria mía». Los relatos de la institución conservados en 1 Co 11,23-26; Mc 14,22-25; Mt 26,26-29 y Lc 22,14-20 pertenecen a dos grandes tradiciones, Pablo-Lucas y Marcos-Mateo. Las diferencias de vocabulario muestran que las comunidades transmitieron fórmulas litúrgicas propias, pero el núcleo común es inequívoco: Jesús toma el pan y el cáliz, pronuncia la bendición o acción de gracias, los entrega a sus discípulos y los identifica con su Cuerpo entregado y su Sangre de la alianza.

La Cena se sitúa en un horizonte pascual. Aunque la discusión histórica sobre la cronología exacta de los evangelios permanece abierta, la interpretación teológica es clara: Jesús asume el lenguaje de la Pascua y de la alianza y lo lleva a plenitud en su entrega. Él es el verdadero Cordero; su muerte inaugura la nueva alianza; el banquete anticipa sacramentalmente el sacrificio de la cruz y la victoria de la resurrección.

Los gestos de Jesús contienen la estructura fundamental de la liturgia eucarística:

- **Tomó el pan y el cáliz:** de aquí procede la preparación de los dones, en la que la Iglesia recibe la creación y el trabajo humano.
- **Dio gracias y bendijo:** este gesto se despliega en la gran Plegaria eucarística dirigida al Padre.
- **Partió el pan:** la fracción expresa la distribución del único Pan y la unidad de quienes participan.
- **Lo dio a sus discípulos:** la presencia sacramental está ordenada a la comunión y a la incorporación a Cristo.
- **Mandó hacer memoria:** la Iglesia recibe una acción, no sólo unas palabras aisladas, y la celebra hasta que él vuelva.

La fidelidad al mandato de Cristo no consiste en reproducir arqueológicamente el mobiliario, la postura o todas las circunstancias de la última Cena. Consiste en conservar la sustancia de la acción eucarística dentro de la tradición apostólica. Las lenguas, los cantos, las vestiduras y los espacios pueden evolucionar; el núcleo de tomar, dar gracias, partir, dar y hacer memoria pertenece a la institución.

**Para recordar.** El mandato «Haced esto» se refiere al conjunto de la acción eucarística. La Iglesia no repite una escena del pasado: obedece al Señor celebrando sacramentalmente su Pascua.

## 2. La celebración eucarística en el Nuevo Testamento

Los testimonios neotestamentarios son fragmentarios, porque los autores no pretendían redactar un manual litúrgico. Sin embargo, permiten reconocer una celebración estable, vinculada al primer día de la semana, a la vida comunitaria y a la esperanza en la venida del Señor.

Las denominaciones primitivas subrayan aspectos complementarios. **Cena del Señor** (1 Co 11,20) indica que el banquete pertenece a Cristo y no puede quedar sometido a las divisiones sociales. **Fracción del pan** (Hch 2,42.46; 20,7) recuerda el gesto de Jesús y la participación de muchos en un solo Pan. **Cáliz de bendición, mesa del Señor y comunión** (1 Co 10,16-21) expresan la participación real en Cristo y la incompatibilidad entre la mesa eucarística y los cultos idolátricos.

La comunidad descrita en Hechos persevera en la enseñanza de los Apóstoles, la comunión, la fracción del pan y las oraciones. La Eucaristía no aparece como acto aislado, sino integrada en una forma de vida: escucha, bienes compartidos, alabanza, caridad y testimonio. El primer día de la semana, día de la resurrección, se convierte progresivamente en el tiempo propio de la asamblea cristiana.

La crisis de Corinto muestra que la verdad eucarística posee consecuencias sociales. Algunos miembros comían abundantemente mientras otros quedaban humillados. Pablo declara que esa reunión ya no puede

llamarse Cena del Señor. No discernir el Cuerpo significa también despreciar a la comunidad que es Cuerpo de Cristo. La corrección apostólica favoreció la separación entre la comida fraterna y la acción eucarística, pero dejó establecido un principio permanente: no se puede celebrar la entrega de Cristo manteniendo divisiones contrarias a la caridad.

La fórmula «cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1 Co 11,26) resume las dimensiones temporales de la Eucaristía: memoria de la Pascua, presencia salvadora y espera escatológica. La Iglesia celebra entre la resurrección y la venida gloriosa, alimentada por el Señor que ya está presente y todavía ha de venir.

### 3. Los testimonios de los siglos II y III

Durante los dos primeros siglos posteriores al Nuevo Testamento se perfilan progresivamente la estructura de la celebración, la función presidencial, la disciplina de la comunión y la relación entre Eucaristía, unidad eclesial y caridad. Los documentos deben leerse con prudencia: no describen necesariamente un rito uniforme, pero permiten reconocer elementos comunes.

#### 3.1. La Didaché

La *Didaché* o *Enseñanza de los Doce Apóstoles*, compuesta probablemente entre finales del siglo I y comienzos del II, recoge oraciones de acción de gracias sobre el cáliz y el pan partido, una oración posterior a la comida y normas para la reunión dominical. La relación exacta de estos textos con la Eucaristía sacramental ha sido discutida, porque algunos pueden proceder del ágape; aun así, el ambiente es claramente eucarístico y eclesial.

Destaca la imagen del pan formado por granos dispersos que han sido reunidos: del mismo modo se pide que la Iglesia sea congregada desde los confines de la tierra en el Reino. La Eucaristía aparece como signo de unidad y de esperanza escatológica. La disciplina vincula la participación con el Bautismo y con la reconciliación: sólo los bautizados comen y beben, y la comunidad confiesa sus pecados antes de reunirse para partir el pan.

#### 3.2. San Ignacio de Antioquía

Las cartas de Ignacio, escritas camino del martirio hacia el año 107, ofrecen una teología intensamente eclesial. La Eucaristía válida es la presidida por el obispo o por quien él autoriza. La unidad en torno al obispo, al presbiterio y a los diáconos no es un elemento administrativo añadido, sino manifestación visible de la comunión de la Iglesia.

Frente al docetismo, que negaba la realidad de la carne y del sufrimiento de Cristo, Ignacio afirma que la Eucaristía es la carne de Jesucristo, la misma que padeció y fue resucitada por el Padre. La llama «medicina de inmortalidad» porque comunica la vida del Resucitado. La comunión sacramental y la comunión eclesial son inseparables: no puede reivindicarse la Eucaristía contra la Iglesia o como propiedad de un grupo particular.

#### 3.3. Plinio el Joven

La carta de Plinio, gobernador de Bitinia, al emperador Trajano, escrita hacia 111-113, es un testimonio externo y no técnico. Describe una reunión cristiana en un día fijo antes del amanecer, con un canto a Cristo «como a un dios» y un compromiso moral; después, los cristianos volvían a reunirse para tomar una comida ordinaria e inocente.

El texto no permite reconstruir la liturgia, pero confirma la regularidad de la asamblea y probablemente refleja la diferenciación entre una reunión cultual matinal y una comida fraterna posterior. También muestra que el culto cristiano era reconocido desde fuera como relación religiosa con Cristo y como fuente de una conducta ética concreta.

#### 3.4. San Justino

La *Primera Apología* de san Justino, hacia el año 150, ofrece la primera descripción extensa de la celebración dominical. Cristianos de la ciudad y del campo se reúnen el «día del sol», elegido porque es el

primer día de la creación y el día de la resurrección. La estructura presenta ya los dos grandes ejes que permanecen en la Misa.

En la **liturgia de la Palabra** se leen durante un tiempo prolongado las memorias de los Apóstoles y los escritos de los Profetas; el presidente exhorta a imitar lo escuchado; todos se levantan y oran. En la **liturgia eucarística** se presentan pan, vino y agua; el presidente eleva una larga acción de gracias según su capacidad; la asamblea ratifica con el Amén; los diáconos distribuyen la comunión a los presentes y la llevan a los ausentes.

Justino explica también la disciplina: comulgan quienes creen la enseñanza cristiana, han sido bautizados y viven de acuerdo con Cristo. La colecta dominical se destina a huérfanos, viudas, enfermos, presos, extranjeros y necesitados. Palabra, plegaria presidencial, Amén de la asamblea, comunión, ministerio diaconal y caridad forman una única realidad eclesial.

**Idea clave.** La descripción de Justino no es idéntica al rito actual, pero contiene su estructura básica: reunión dominical, Palabra, oración, presentación de los dones, acción de gracias, Amén, comunión y servicio a los pobres.

### 3.5. La Tradición Apostólica atribuida a Hipólito

La *Tradición Apostólica*, vinculada al ambiente romano de la primera mitad del siglo III, conserva la primera plegaria eucarística completa conocida. La investigación actual invita a no identificarla sin más con un ritual oficial de toda la Iglesia de Roma ni a atribuirle de manera simple a un único autor. Es un testimonio de tradición compleja, pero de enorme importancia.

La anáfora contiene diálogo inicial, acción de gracias al Padre, relato de la institución, anámnesis, ofrenda, epiclesis, doxología y Amén. La orientación es fuertemente cristológica: se da gracias al Padre por haber enviado a su Hijo y por la redención realizada en su Pascua. La estructura muestra que la Plegaria eucarística es una unidad y no una sucesión de piezas independientes.

La obra describe también el servicio de los diáconos, la fracción, la distribución, la comunión de los recién bautizados y el cuidado de las especies. La respuesta del comulgante anticipa el diálogo «El Cuerpo de Cristo — Amén»: recibir la comunión implica una confesión personal de la fe de la Iglesia.

**Atención.** Los textos antiguos ofrecen modelos y familias rituales; no prueban que existiera desde el principio un único formulario obligatorio. La tradición podía conservar una estructura estable y admitir cierta libertad en la formulación presidencial.

## 4. La formación de las liturgias locales: siglos IV-VII

La paz constantiniana transformó el marco de la celebración. Las comunidades crecieron, pasaron de las casas a las basílicas y pudieron desarrollar un culto público. Se organizaron las fiestas del año litúrgico, se multiplicaron los ministerios y las grandes sedes elaboraron repertorios propios. La improvisación presidencial disminuyó y los textos comenzaron a fijarse por escrito para garantizar su calidad doctrinal y su estabilidad.

No surgió una liturgia uniforme, sino **familias litúrgicas** vinculadas a centros eclesiales y culturales. Oriente conoció las tradiciones antioquena, alejandrina, constantinopolitana, armenia y otras; Occidente desarrolló las liturgias romana, hispánica, galicana y ambrosiana. Todas celebran la misma Eucaristía y conservan una estructura reconocible, pero expresan acentos teológicos y ceremoniales propios.

### 4.1. La divina liturgia en Oriente

La celebración oriental acentúa el carácter místico, simbólico y comunitario. La liturgia terrestre se entiende como participación real en la liturgia celestial. Se consolidan las entradas con el Evangelio y con los dones, la despedida de los catecúmenos, el beso de paz, el Credo, la anáfora con epiclesis e intercesiones y los ritos solemnes de comunión.

La evolución del iconostasio y del ceremonial no elimina la participación del pueblo, que se expresa mediante cantos continuos, respuestas, inclinaciones y comunión. La fuerte presencia de la epiclesis, la

riqueza poética de las anáforas y la percepción de la asamblea como imagen del cielo han influido profundamente en la teología litúrgica contemporánea.

## 4.2. Las liturgias occidentales

En Occidente, la liturgia romana se caracteriza progresivamente por la concisión de sus oraciones presidenciales, la sobriedad ceremonial y la estabilidad del Canon. La celebración estacional presidida por el papa, rodeado del clero y del pueblo de una iglesia titular, manifiesta la unidad de la Iglesia urbana.

La liturgia hispánica desarrolla una gran riqueza eucológica y una ordenación propia de la Misa; la galicana incorpora elementos dramáticos y procesionales; la ambrosiana conserva hasta hoy rasgos específicos. La diversidad antigua no significa improvisación individual: cada Iglesia celebra dentro de una tradición recibida, reconocida por la autoridad y compartida por una comunidad.

**Para recordar.** La unidad católica nunca ha exigido uniformidad absoluta. La misma fe y la misma estructura sacramental pueden expresarse legítimamente en familias litúrgicas distintas.

## 5. La evolución medieval de la Misa

Entre los siglos VIII y XV, la liturgia romana se difundió por el ámbito franco-germánico y recibió elementos de aquellas culturas. La síntesis resultante regresó después a Roma y se convirtió en la forma dominante de Occidente. Este proceso produjo enriquecimientos, pero también cambios en la relación entre sacerdote, ministros y asamblea.

Se extendió la **Misa privada o rezada**, celebrada por un sacerdote con pocos ministros. Para que pudiera realizar todos los textos, los libros separados —sacramentario, leccionario, antifonario— se reunieron en el misal plenario. El sacerdote asumió en voz baja partes antes distribuidas entre diversos ministerios; la Misa solemne dejó de ser la forma práctica de referencia para muchas celebraciones cotidianas.

### 5.1. Sensibilidad dramática y devocional

La espiritualidad medieval multiplicó gestos, incensaciones, genuflexiones, procesiones y oraciones privadas del celebrante, llamadas apologías. Se desarrollaron interpretaciones alegóricas que relacionaban cada gesto con un episodio de la pasión. Estas explicaciones ayudaban a la devoción, pero a veces ocultaban el sentido real de la estructura litúrgica.

Al mismo tiempo creció la fe y la devoción hacia la presencia real, mientras disminuía la comunión sacramental de los fieles. La elevación de la hostia, introducida para permitir la adoración después de la consagración, se convirtió en uno de los momentos más esperados. La participación tendió a desplazarse de comer y beber a contemplar y adorar. Se multiplicaron las misas votivas, privadas y por los difuntos.

La Edad Media no debe juzgarse sólo negativamente. Aportó una intensa conciencia de trascendencia, adoración y reverencia. Sin embargo, la estructura comunitaria, la proclamación de la Palabra en lengua comprensible y la comunión de la asamblea quedaron frecuentemente oscurecidas. La reforma posterior intentará recuperar el equilibrio sin perder la adoración.

## 6. La reforma tridentina y la Misa regulada por las rúbricas

El Concilio de Trento respondió a la Reforma protestante reafirmando la presencia real, el carácter sacrificial de la Misa, la identidad del sacerdocio ministerial y la legitimidad del Canon romano. La revisión de los libros condujo al Misal Romano de san Pío V en 1570. El Misal unificó la celebración en amplias zonas de Occidente y corrigió abusos, aunque respetó ritos con una antigüedad suficiente.

La reforma tridentina garantizó ortodoxia, estabilidad y disciplina. Con el tiempo, sin embargo, la atención de los manuales y de la formación clerical se concentró en el cumplimiento preciso de las rúbricas y en las condiciones de validez. El sacerdote realizaba prácticamente todos los textos y gestos; los fieles seguían devociones paralelas, rezaban el rosario o utilizaban misales bilingües para acompañar una acción celebrada en latín y en gran parte en voz baja.

La comunión de los fieles permaneció poco frecuente y, en la práctica, podía percibirse como separada de la Misa. El Canon silencioso, las lecturas repetidas por el sacerdote aunque hubieran sido cantadas por

ministros y la orientación devocional dificultaban captar la unidad de la acción. No obstante, sería injusto caricaturizar esta etapa: fue una respuesta necesaria a una crisis doctrinal y disciplinar, y alimentó la santidad de generaciones enteras.

**Atención.** El problema no fue la existencia de rúbricas, indispensables para una celebración eclesial, sino la reducción de la liturgia a su cumplimiento exterior, sin suficiente conciencia de la asamblea, de la Palabra y de la participación sacramental.

## 7. El Movimiento Litúrgico

Desde el siglo XIX, especialmente en ambientes monásticos y académicos, comenzó un redescubrimiento de la liturgia como oración de la Iglesia y acción de todo el Cuerpo de Cristo. Dom Prosper Guéranger contribuyó a recuperar el sentido eclesial del año litúrgico y de la tradición romana; otros estudiosos investigaron las fuentes y la historia de los ritos.

En el siglo XX, el movimiento adquirió una orientación pastoral. Se promovieron el canto gregoriano, la comunión frecuente, los misales de los fieles, la Misa dialogada y la formación bíblica. Pío X impulsó la participación y la comunión; Pío XII, con *Mediator Dei* (1947), ofreció una síntesis doctrinal y reconoció muchos principios del movimiento. Las reformas de la Vigilia Pascual y de la Semana Santa mostraron que era posible restaurar elementos antiguos para favorecer la participación.

El Movimiento Litúrgico no buscaba simplemente traducir textos o simplificar ceremonias. Pretendía que los fieles participaran en la oración de la Iglesia y vivieran de los misterios celebrados. La renovación conciliar no apareció de improviso en 1963, sino como fruto de décadas de investigación histórica, reflexión teológica y experiencia pastoral.

## 8. La reforma del Concilio Vaticano II

*Sacrosanctum Concilium* estableció los principios de la reforma: centralidad del misterio pascual, participación plena y activa, noble sencillez, restauración de elementos perdidos, adaptación legítima y fidelidad a la tradición. El objetivo no era fabricar una liturgia nueva, sino hacer más visible la estructura recibida y permitir que los fieles participaran con mayor conciencia.

Entre las reformas principales de la Misa se encuentran la clarificación de su estructura, la simplificación de duplicaciones, la ampliación del Leccionario, la recuperación de la homilía y de la oración universal, el uso más amplio de las lenguas vernáculas, la restauración de la concelebración, la ampliación de la comunión bajo las dos especies y la incorporación de nuevas plegarias eucarísticas.

El *Ordo Missae* promulgado en 1969 y las posteriores ediciones del Misal Romano desarrollaron estos principios. La reforma mantuvo el Canon romano, conservó la estructura fundamental y recuperó elementos antiguos. También abrió posibilidades de elección y adaptación pastoral. La correcta aplicación requiere comprender la lógica del rito: la diversidad legítima no equivale a creatividad arbitraria.

**Idea clave.** El criterio de la reforma es una continuidad renovada: conservar la sustancia, recuperar el equilibrio de la tradición y expresar el misterio de modo pastoralmente inteligible.

## II. El actual Rito de la Misa

El Rito de la Misa y la Ordenación General del Misal Romano ofrecen la norma celebrativa y la clave teológica de la Eucaristía romana. La IGMR no es un reglamento meramente técnico: explica la naturaleza de cada parte, ordena los ministerios, establece posturas y gestos y orienta las opciones para que la Iglesia celebre una única acción.

### 1. Principios generales

La estructura general comprende **ritos iniciales, liturgia de la Palabra, liturgia eucarística y ritos de conclusión**. La Palabra y la Eucaristía forman el núcleo de un solo acto de culto. Los ritos iniciales congregan y disponen; los conclusivos bendicen y envían. Cada parte tiene una finalidad y un peso propio, por lo que no debe hipertrofiarse ni reducirse de manera rutinaria.

La celebración exige distinguir funciones. El principio tradicional —cada ministro hace todo y sólo aquello que le corresponde— protege la naturaleza eclesial del rito. La participación no se favorece haciendo que todos realicen lo mismo, sino coordinando las funciones en una acción común. El presidente no debe asumir por comodidad las lecturas, los cantos y las moniciones; los ministros laicos no deben invadir las funciones presidenciales.

La Misa posee también un ritmo interno. Procesión, proclamación, oración, silencio, canto y gesto se alternan. Una celebración precipitada impide que los signos hablen; una lentitud artificial los convierte en espectáculo. El ars celebrandi consiste en encontrar una naturalidad ritual que permita comprender y orar.

### 2. Los ritos iniciales

Los ritos iniciales tienen como finalidad que los fieles reunidos constituyan una comunidad y se dispongan a escuchar la Palabra y celebrar dignamente la Eucaristía (IGMR 46). No son un preámbulo administrativo. Desde el canto de entrada, la asamblea dispersa se convierte en Iglesia reunida en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

#### 2.1. Entrada y veneración del altar

La procesión de entrada manifiesta que la Iglesia peregrina se reúne para celebrar. El canto acompaña la procesión, abre la celebración, fomenta la unidad y introduce en el tiempo litúrgico o en la fiesta. No es música ambiental ni una pieza destinada a llenar el desplazamiento de los ministros.

Al llegar al presbiterio, los ministros veneran el altar. El altar es signo de Cristo, lugar del sacrificio y mesa del banquete. La inclinación profunda, el beso y, cuando se utiliza, el incienso expresan veneración. El Evangelario puede ser llevado en la procesión y colocado sobre el altar, manifestando la unidad entre la mesa de la Palabra y la mesa eucarística; después será trasladado solemnemente al ambón.

#### 2.2. Señal de la cruz y saludo

La señal de la cruz sitúa la asamblea bajo el nombre trinitario y recuerda la identidad bautismal. No es una fórmula privada del sacerdote: pertenece a toda la comunidad, que responde Amén. El gesto abre la acción recordando que los reunidos han sido incorporados a la Pascua por el Bautismo.

El saludo litúrgico —«El Señor esté con vosotros» u otra fórmula prevista— proclama la presencia del Señor en la Iglesia reunida y reconoce la función ministerial de quien preside. La respuesta «Y con tu espíritu» no es una cortesía, sino reconocimiento del don recibido para el ministerio. Conviene evitar sustituir el saludo por fórmulas informales o acumular después largos saludos personales.

#### 2.3. Monición y acto penitencial

El sacerdote puede introducir brevemente a los fieles en la Misa del día. La monición debe ser verdaderamente introductoria: breve, preparada, relacionada con el misterio y sin anticipar la homilía. Su función no es explicar todo el rito ni saludar a cada grupo presente.

El acto penitencial dispone a celebrar reconociendo la misericordia de Dios. No es un examen detallado de conciencia ni sustituye al sacramento de la Penitencia. Las fórmulas previstas equilibran confesión y confianza: la asamblea reconoce su pecado y aclama a Cristo que salva. El *Kyrie* es una aclamación al Señor y una súplica confiada; puede formar parte del acto penitencial o seguirlo.

Los domingos, especialmente en tiempo pascual, puede utilizarse la bendición y aspersión del agua. Este rito recuerda el Bautismo, expresa la purificación y hace visible la dimensión pascual de la reunión. No es una bendición ornamental: debe realizarse con un canto adecuado y con un gesto perceptible, sin prolongaciones innecesarias.

## 2.4. Gloria y colecta

El Gloria es un himno antiquísimo de alabanza trinitaria. Comienza con el canto de los ángeles y se dirige al Padre y a Cristo, Cordero y Señor. Por su naturaleza no puede sustituirse por otro canto. Debe cantarlo la asamblea, sola o alternando con el coro, de modo que conserve su carácter de himno común.

La colecta concluye los ritos iniciales. Después de la invitación «Oremos», todos guardan un silencio real para hacerse conscientes de la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas. El sacerdote, con las manos extendidas, «recoge» la oración de la asamblea y la dirige al Padre por Cristo en el Espíritu. El Amén final pertenece al pueblo, que hace suya la oración.

**Idea clave.** Los ritos iniciales no buscan entretener ni producir ambiente. Reúnen a los dispersos, sitúan la asamblea ante Dios, la abren a la misericordia y la disponen para escuchar y ofrecerse.

## 3. La liturgia de la Palabra

Cuando se proclaman las Escrituras en la liturgia, Dios habla a su pueblo y Cristo anuncia el Evangelio. La Palabra no es un material previo para la homilía, sino acontecimiento de salvación. La asamblea no escucha una lectura informativa: recibe una palabra viva que reclama fe, conversión, alabanza e intercesión.

La liturgia de la Palabra posee una dinámica dialogal. Dios habla en las lecturas; el pueblo responde en el salmo, las aclamaciones, la profesión de fe y la oración universal. La homilía ayuda a reconocer la actualidad de la Palabra y su relación con el misterio celebrado. Los silencios permiten acoger interiormente lo proclamado.

### 3.1. Lecturas y ministerios

Las lecturas bíblicas no pueden sustituirse por textos no bíblicos. El Leccionario presenta una selección organizada según el año litúrgico y las diversas celebraciones. En domingos y solemnidades, la primera lectura, el salmo, la segunda lectura y el Evangelio forman un itinerario que debe respetarse.

Normalmente las lecturas son proclamadas por lectores distintos del presidente; el Evangelio corresponde al diácono o, en su ausencia, al sacerdote. Esta distribución no es funcionalismo, sino signo eclesial: la Palabra es confiada a diversos ministerios y recibida por la asamblea. El lector necesita preparación bíblica, espiritual y técnica. Debe comprender el texto, vocalizar, respetar su ritmo y evitar una declamación teatral.

El ambón es el lugar propio de la Palabra. Su estabilidad y dignidad muestran que Dios alimenta a su pueblo. Está reservado a las lecturas, el salmo, el pregón pascual y los elementos estrechamente vinculados, como la homilía y la oración universal. Utilizarlo para avisos, presentaciones o discursos debilita su simbolismo.

### 3.2. Salmo responsorial y aclamación al Evangelio

El salmo responsorial es Palabra de Dios convertida en respuesta orante. No es un intermedio musical. El salmista proclama o canta los versos desde el ambón y la asamblea responde con un estribillo. Por su naturaleza, conviene cantarlo, al menos en el estribillo. Sustituirlo habitualmente por un canto de contenido aproximado rompe el diálogo bíblico de la liturgia.

La aclamación antes del Evangelio acompaña la procesión del libro y saluda a Cristo que va a hablar. El Aleluya posee un carácter pascual y debe ser cantado; si no se canta, puede omitirse según las normas.

Durante la Cuaresma se emplean las aclamaciones propias. El canto no es un comentario a la lectura anterior, sino un acto de fe en la presencia del Señor.

### 3.3. Evangelio y homilía

La proclamación del Evangelio recibe signos de especial veneración: ministro ordenado, procesión, cirios, incienso, saludo, signación, aclamaciones y beso del libro. Estos signos no honran un objeto aislado, sino a Cristo presente en su Palabra. La asamblea permanece de pie como actitud pascual de escucha y obediencia.

La homilía es parte de la acción litúrgica. Debe partir de las lecturas o de otro texto de la celebración, explicar algún aspecto del misterio y conducir a la vida cristiana. No es una conferencia exegética, un comentario de actualidad, un espacio de opinión personal ni un repertorio de anécdotas. Su finalidad es ayudar a que la Palabra escuchada se convierta en fe celebrada y en vida.

Una buena homilía nace de la oración, el estudio y el conocimiento de la comunidad. Necesita una idea clara, una estructura comprensible y un lenguaje concreto. La brevedad no equivale a superficialidad; la extensión, por sí sola, no garantiza profundidad. Después de la homilía conviene un silencio que permita la acogida personal.

### 3.4. Profesión de fe y oración universal

El Credo es respuesta de la asamblea a la Palabra y memoria de la fe bautismal. No es una lista fría de conceptos, sino proclamación comunitaria del misterio de Dios y de la historia de la salvación. En determinados tiempos y celebraciones puede emplearse el Símbolo de los Apóstoles; en la Vigilia Pascual y en otras ocasiones se utiliza la renovación de las promesas bautismales.

En la oración universal, el pueblo ejerce su sacerdocio bautismal intercediendo por la Iglesia, el mundo, los que sufren y la comunidad local. Las intenciones deben ser sobrias, universales y formuladas como petición. No son pequeñas homilías ni avisos encubiertos. El ministro propone las intenciones; la asamblea responde; el presidente introduce y concluye con una oración.

**Para recordar.** La liturgia de la Palabra no termina con la homilía. La fe responde mediante silencio, Credo e intercesión. Escuchar conduce a profesar y a orar por el mundo.

## 4. La liturgia eucarística

En la liturgia eucarística, la Iglesia realiza las acciones fundamentales del Señor: tomó el pan y el cáliz, dio gracias, partió y dio a sus discípulos. De aquí proceden la preparación de los dones, la Plegaria eucarística y los ritos de comunión (IGMR 72). Cada momento debe comprenderse dentro de esta secuencia, no como rito autónomo.

### 4.1. Preparación de los dones

Se prepara el altar y se presentan el pan y el vino, dones necesarios para la Eucaristía. Pueden llevarse también ofrendas para los pobres y para la Iglesia, pero no se colocan sobre el altar. La procesión de dones tiene sentido cuando expresa la participación real de la asamblea y la caridad; pierde su verdad cuando se convierte en desfile simbólico de objetos que después se retiran.

Las fórmulas de presentación son bendiciones de raíz bíblica y judía. Reconocen que los dones proceden de la bondad de Dios y del trabajo humano. No constituyen todavía el sacrificio eucarístico en sentido pleno. El centro sacrificial será la Plegaria eucarística, en la que la Iglesia ofrece el memorial de Cristo y aprende a ofrecerse con él.

La mezcla de agua y vino expresa la participación de la humanidad en la vida divina de Cristo. El lavabo es un gesto de purificación interior del celebrante y se acompaña de una oración en voz baja. La incensación, cuando se usa, honra los dones, el altar, la cruz, el sacerdote y el pueblo, porque todos quedan incluidos en la ofrenda.

La oración sobre las ofrendas concluye la preparación y abre la Plegaria eucarística. Conviene evitar llamar «ofertorio» a todo este momento si con ello se sugiere un sacrificio autónomo anterior a la anáfora. La expresión «preparación de los dones» refleja mejor su función dentro de la acción total.

## 4.2. La Plegaria eucarística

La Plegaria eucarística es el centro y culmen de la celebración. Es una única gran oración de acción de gracias y santificación dirigida al Padre por Cristo en el Espíritu. El sacerdote la pronuncia en nombre de toda la Iglesia; la asamblea participa mediante la escucha creyente, las aclamaciones y, sobre todo, el gran Amén final.

Aunque las distintas plegarias presentan acentos propios, contienen elementos fundamentales:

- **Acción de gracias:** especialmente en el prefacio, la Iglesia bendice al Padre por toda la obra de salvación o por un aspecto particular del misterio celebrado.
- **Sanctus:** la asamblea se une a los ángeles y santos. Es aclamación de todo el pueblo y no música de fondo para que el sacerdote continúe en privado.
- **Epiclesis:** se invoca al Espíritu Santo para que los dones sean el Cuerpo y la Sangre de Cristo y para que quienes comulgan formen un solo cuerpo.
- **Relato de la institución y consagración:** la Iglesia pronuncia las palabras y realiza las acciones del Señor; su eficacia procede de Cristo que actúa por el ministro.
- **Anámnesis:** se hace memoria de la pasión, resurrección, ascensión y retorno glorioso del Señor.
- **Oblación:** la Iglesia ofrece al Padre la víctima inmaculada y se ofrece a sí misma con Cristo.
- **Intercesiones:** se expresa la comunión con la Iglesia del cielo y de la tierra, sus pastores, los vivos y los difuntos.
- **Doxología final:** toda la gloria se dirige al Padre por Cristo, con él y en él, en la unidad del Espíritu; el pueblo responde con el gran Amén.

La Plegaria debe proclamarse con voz clara, ritmo orante y conciencia de su unidad. No se dramatiza el relato de la institución, como si fuera un diálogo dirigido al pueblo, porque toda la oración se dirige al Padre. Las elevaciones muestran las especies consagradas para la adoración, pero no interrumpen la continuidad de la plegaria. El silencio de la asamblea no es pasividad: es escucha, adhesión y ofrenda.

**Atención.** La consagración no es una pieza aislada dentro de la Plegaria eucarística. El relato de la institución pertenece a una acción de gracias, epiclesis, memorial, ofrenda e intercesión que culmina en la doxología y el Amén.

## 4.3. Los ritos de comunión

Los ritos de comunión preparan y realizan la participación sacramental en el sacrificio. La comunión no es un apéndice posterior a la consagración, sino finalidad propia del banquete eucarístico. La comunidad que ha ofrecido con Cristo recibe el don de su Cuerpo y de su Sangre para convertirse en aquello que recibe.

El **Padrenuestro** pide el pan cotidiano y el perdón que dispone a la mesa. El embolismo desarrolla la última petición, implorando la liberación del mal y la venida gloriosa del Señor; la doxología «Tuyo es el reino» pertenece a la asamblea. La oración no debe ser rodeada de gestos inventados que oscurezcan su carácter bautismal y comunitario.

En el **rito de la paz**, la Iglesia implora la paz y la unidad y, si se juzga oportuno, los fieles expresan sobriamente la comunión mutua. El gesto debe respetar la cultura y la sobriedad del rito. No es un saludo social ni un momento para desplazarse por el templo. La paz recibida de Cristo prepara para participar del único Pan.

La **fracción del pan** es un gesto realizado por Cristo y antiguo nombre de toda la Eucaristía. Expresa que los muchos participan del único Pan y forman un solo Cuerpo. El *Agnus Dei* acompaña la fracción y puede repetirse mientras dure; no debe concluir antes que el gesto ni convertirse en canto independiente.

En la **comunión**, el sacerdote muestra el Pan eucarístico e invita al banquete del Cordero. El diálogo «El Cuerpo de Cristo — Amén» es confesión de fe y respuesta personal. El canto de comunión expresa la unidad de quienes avanzan y reciben al mismo Señor. Después conviene un tiempo de silencio o un canto de alabanza que permita interiorizar el don.

La comunión bajo las dos especies expresa con mayor plenitud el signo del banquete y de la nueva alianza, aunque Cristo se recibe entero bajo cada especie. La organización debe garantizar reverencia, claridad y seguridad. La purificación de los vasos se realiza dignamente, sin convertirla en centro visual de la asamblea. La oración después de la comunión pide que el misterio recibido produzca fruto.

## 5. Los ritos de conclusión

Los ritos conclusivos incluyen los avisos necesarios, el saludo, la bendición, la despedida, la veneración del altar y la salida. Los avisos, si son necesarios, se colocan aquí para no interrumpir la liturgia de la Palabra o la acción de gracias después de la comunión. Deben ser breves y verdaderamente comunitarios.

La bendición puede adoptar formas solemnes o incluir una oración sobre el pueblo. La despedida no significa simplemente que la ceremonia ha terminado. Es un envío misionero: la comunidad vuelve a la vida para glorificar a Dios y realizar en la caridad aquello que ha celebrado. La fórmula «Podéis ir en paz» expresa una misión, no una autorización para marcharse.

El sacerdote y el diácono veneran el altar con un beso; los ministros hacen la debida reverencia y salen procesionalmente. Conviene que el canto final, si se utiliza, no oscurezca la despedida ni convierta el final en un segundo momento musical desconectado del envío.

**Idea clave.** La Misa comienza reuniendo a los dispersos y termina enviando a una comunidad transformada. Convocación y misión enmarcan la acción sacramental.

### III. El Misal Romano y los libros de la celebración

Los libros litúrgicos no son simples instrumentos prácticos. Contienen la oración de la Iglesia, transmiten la tradición y garantizan que la comunidad celebre la misma fe. Su materialidad —dignidad, tamaño, lugar y uso— forma parte del lenguaje simbólico. Utilizarlos bien exige conocer su estructura y preparar la celebración.

#### 1. El Misal Romano

El Misal es el libro de la oración eucarística de la Iglesia romana. Contiene la Ordenación General, el Propio del tiempo, el Ordinario de la Misa, las plegarias eucarísticas, el Propio y Común de los santos, las misas rituales, por diversas necesidades, votivas, de difuntos y diversos apéndices.

No es un guion privado del sacerdote. Sus textos pertenecen a la Iglesia y permiten que la asamblea ore más allá de las preferencias personales del celebrante. El Misal ofrece opciones legítimas: formularios, prefacios, plegarias, bendiciones y fórmulas. Elegir no significa improvisar; requiere atender al tiempo litúrgico, al día, a la asamblea y a la naturaleza de la celebración.

La preparación del Misal debe hacerse antes de la Misa. Conviene seleccionar el formulario, las oraciones, el prefacio, la Plegaria eucarística y la bendición, colocar cintas y comprobar las páginas. Buscar textos durante la celebración rompe el ritmo y transmite falta de cuidado. Las adaptaciones previstas por las conferencias episcopales forman parte del libro aprobado y deben respetarse.

#### 2. El Leccionario y el Evangeliario

El Leccionario organiza la Palabra de Dios para el año litúrgico, las celebraciones de santos, sacramentos y diversas necesidades. Su ordenación no es una antología temática arbitraria. El ciclo dominical de tres años y el ciclo ferial permiten escuchar una parte amplia de la Escritura y contemplar el misterio de Cristo a lo largo del tiempo.

El Evangeliario contiene los Evangelios y recibe signos especiales: puede ser llevado en la procesión de entrada, colocado sobre el altar y acompañado con incienso y cirios. No se lleva en la procesión final, porque la Palabra ha sido ya proclamada y la asamblea es enviada a vivirla. El libro debe ser digno y manejado con reverencia, sin teatralidad.

#### 3. Otros libros y subsidios

El libro de la sede reúne oraciones y textos presidenciales para evitar que el sacerdote deba permanecer constantemente en el altar o sostener el Misal. Los libros de canto contienen el repertorio propio; el salterio y otros subsidios sirven a salmistas, lectores y monitores. Los libros destinados a la asamblea pueden facilitar la participación, pero no deben sustituir la escucha viva por una lectura individual continua.

No conviene proclamar habitualmente desde hojas sueltas, teléfonos o pantallas cuando existe el libro litúrgico propio. La practicidad no es el único criterio: el ambón, el Evangeliario y el Misal expresan que la Palabra y la oración son recibidas de la Iglesia. Los medios digitales pueden ser útiles para preparar, pero su presencia visible en el rito debe valorarse con prudencia.

**Para recordar.** El libro litúrgico no pertenece al celebrante como propiedad privada. Es un signo de la tradición recibida y un instrumento de comunión eclesial.

## IV. La concelebración eucarística

La concelebración manifiesta de modo especialmente claro la unidad del sacerdocio, del único sacrificio y del pueblo de Dios (SC 57). Varios sacerdotes no celebran sacrificios paralelos ni «suman» misas, sino que ejercen conjuntamente el ministerio en la única Eucaristía bajo la presidencia de uno.

Su forma ejemplar es la Misa estacional del obispo, rodeado de su presbiterio, diáconos, ministros y pueblo. En ella aparece la Iglesia particular reunida en torno a su pastor. La concelebración expresa la comunión sacramental del presbiterio y la participación de todos en el único sacerdocio de Cristo.

### 1. Cuándo y por qué concelebrar

La concelebración está especialmente indicada en ordenaciones, bendición de un abad, Misa crismal, reuniones sacerdotales y celebraciones de comunidades presbiterales. En estos casos, el signo de unidad ministerial posee especial fuerza. La disciplina distingue celebraciones en las que se prescribe, se recomienda o se permite.

Concelebrar no es una solución logística para colocar a muchos sacerdotes en el presbiterio. Requiere una verdadera participación en la Plegaria, los gestos, la ofrenda y la comunión. El sacerdote que no puede participar de manera digna o que carece de lugar adecuado no debe reducir su presencia a una asistencia revestida.

### 2. Ordenación ritual

El celebrante principal dirige la acción. Los concelebrantes ocupan un lugar que les permita ver el altar, escuchar y pronunciar sus partes. Algunas secciones de la Plegaria eucarística son dichas por todos y otras por uno o varios concelebrantes. La voz común debe ser baja y uniforme, de modo que se perciba la voz del presidente sin producir un murmullo confuso.

Los gestos comunes —manos extendidas, inclinación, genuflexión— requieren coordinación. No deben realizarse de forma automática ni exageradamente sincronizada. La cercanía al altar no justifica rodearlo de manera que lo oculte a la asamblea. La comunión de los sacerdotes pertenece a la misma acción y debe prepararse para evitar desplazamientos desordenados y tiempos muertos.

### 3. Significado espiritual

La concelebración recuerda a los presbíteros que su ministerio no es individual ni autónomo. Cada uno actúa en comunión con el obispo y con el presbiterio. La unidad visible debe corresponder a una verdadera fraternidad sacerdotal, disponibilidad pastoral y comunión en la misión. Sin esta dimensión, el signo corre el riesgo de quedarse en una forma exterior.

**Atención.** Concelebrar no significa simplemente estar revestido en el presbiterio. Exige participar realmente en la oración, la ofrenda y la comunión dentro de una acción común.

## V. El culto eucarístico fuera de la Misa

La reserva y el culto eucarístico fuera de la Misa dependen de la celebración y conducen a ella. Cristo permanece verdadera, real y sustancialmente presente bajo las especies consagradas; por eso la Iglesia conserva el Sacramento con máxima reverencia y lo adora. Esta presencia permanente no debe separarse del sacrificio, el banquete y la comunión eclesial de los que procede.

### 1. Finalidad de la reserva

La finalidad originaria de la reserva es la comunión de enfermos y ausentes, especialmente el Viático. La Iglesia conserva el Pan eucarístico para que quienes no pudieron participar en la asamblea reciban el alimento del mismo sacrificio. De esta reserva nació legítimamente la oración ante el sagrario y, en Occidente, la exposición y las procesiones.

El sagrario debe estar en un lugar digno, seguro, visible y apto para la oración. La lámpara indica la presencia del Señor. El espacio necesita silencio y sobriedad, evitando que el sagrario quede oculto o compita visualmente con elementos decorativos. La reserva no convierte el templo en un espacio estático: remite a la Eucaristía celebrada y a la comunión.

### 2. Exposición y bendición

La exposición prolonga la adoración de Cristo presente. Puede hacerse con copón o custodia y debe incluir cantos, lectura de la Palabra, oración y silencio suficiente. No consiste en mirar un objeto sagrado ni en acumular devociones heterogéneas. La oración ha de ser cristológica, bíblica, eclesial y orientada a la acción de gracias y a la intercesión.

La Misa no se celebra ante el Santísimo expuesto en el mismo espacio, porque la acción sacramental y la adoración tienen su orden propio. La bendición con el Santísimo corresponde al ministro ordenado; otros ministros pueden exponer y reservar en los casos previstos, sin impartir la bendición. El gesto de bendecir manifiesta que es Cristo mismo quien bendice a su pueblo.

### 3. Procesiones y otras formas

Las procesiones eucarísticas, especialmente en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, manifiestan públicamente la fe de la Iglesia. Requieren preparación del itinerario, seguridad, cantos adecuados, participación y sobriedad. No deben convertirse en exhibición folclórica ni en desfile desconectado de la Misa y de la caridad.

Los congresos eucarísticos, la adoración prolongada y la oración personal ante el sagrario pueden renovar la fe y la misión cuando mantienen la primacía de la celebración. La adoración auténtica conduce a recibir con mayor fruto la comunión, a reconocer a Cristo en los pobres y a vivir una existencia ofrecida.

**Idea clave.** Celebración y culto no compiten. La adoración prolonga la acción de gracias, dispone a la comunión y conduce a la caridad cuando permanece vinculada a la primacía de la Misa.

## VI. Pastoral de la Eucaristía

La pastoral eucarística no consiste sólo en organizar correctamente ceremonias. Busca que la comunidad viva de la Eucaristía y sea transformada por ella. La calidad ritual es indispensable, pero debe ir acompañada de formación, hospitalidad, vida comunitaria, caridad y misión.

### 1. Centralidad del domingo

El domingo es el día de la resurrección, de la asamblea y de la Eucaristía. La Misa dominical no es una devoción más entre otras ni un servicio religioso disponible según la conveniencia individual. Es la reunión ordinaria de la Iglesia local. La pastoral debe ayudar a recuperar el sentido del día entero: descanso, familia, caridad, oración y celebración.

La multiplicación de horarios puede responder a necesidades reales, pero también fragmentar la comunidad y debilitar la solemnidad. Conviene buscar un equilibrio entre accesibilidad y capacidad de reunir. Una Misa parroquial bien preparada, con ministerios y canto, puede expresar mejor la Iglesia que muchas celebraciones mínimas y apresuradas.

### 2. Iniciación mistagógica

La formación litúrgica no puede reducirse a explicar normas. La mistagogía conduce desde los signos al misterio y desde el misterio a la vida. Enseña por qué se reúne la asamblea, qué significa escuchar, cómo se ofrece la vida, por qué se responde Amén y qué implica ser enviado.

La catequesis de iniciación, la homilía, los grupos parroquiales y la preparación de ministros deben utilizar los textos y gestos reales. Aprender la liturgia desde fuera produce espectadores; aprenderla desde la celebración forma participantes. La repetición anual del ciclo litúrgico ofrece una pedagogía continua.

### 3. Preparación de ministros y asamblea

Lectores, salmistas, músicos, acólitos, ministros extraordinarios y responsables de acogida necesitan formación y preparación concreta. No basta la buena voluntad. Cada ministerio requiere competencia técnica, comprensión teológica, puntualidad y actitud de servicio. La coordinación previa evita instrucciones públicas, vacilaciones y desplazamientos innecesarios.

La asamblea también necesita preparación. Los repertorios estables, las respuestas conocidas, la catequesis de las posturas y el cuidado de los silencios crean una cultura celebrativa. La participación no se improvisa cada domingo; se educa con paciencia.

### 4. Hospitalidad litúrgica

La Iglesia que celebra acoge a niños, ancianos, enfermos, personas con discapacidad, visitantes y fieles alejados. La accesibilidad del espacio, la claridad de los signos, la atención discreta y la información adecuada forman parte de la pastoral. Acoger no significa convertir la liturgia en conversación informal, sino permitir que todos encuentren un lugar real en la oración común.

La hospitalidad incluye también el respeto al silencio y a la dignidad del templo. Quien llega necesita orientación sin sentirse vigilado; quien participa habitualmente debe aprender a no apropiarse de lugares o funciones. Los equipos de acogida sirven mejor cuando actúan con discreción y conocimiento del rito.

### 5. Palabra, música y comunión

La proclamación y la homilía deben ser comprensibles, preparadas y vinculadas a la vida. La música está al servicio del rito: se canta lo que corresponde, en el momento adecuado y con participación de la asamblea. El coro sostiene y embellece, pero no sustituye al pueblo. Conviene cuidar especialmente las aclamaciones, el salmo, el canto de entrada y el de comunión.

La pastoral debe favorecer una comunión consciente, frecuente y bien dispuesta. Ordinariamente conviene que los fieles reciban formas consagradas en la misma Misa, signo de participación en el sacrificio celebrado. La formación debe unir reverencia, fe en la presencia real y conciencia eclesial, evitando tanto la banalización como escrúpulos infundados.

## 6. Eucaristía, caridad y misión

La colecta, la atención a los pobres y el envío pertenecen a la lógica eucarística. La Iglesia recibe el Cuerpo entregado para convertirse en cuerpo entregado. Una comunidad que celebra con solemnidad pero ignora el sufrimiento contradice el sacramento; una acción social desconectada de la Eucaristía puede perder su fuente y su forma cristológica.

La pastoral debe evitar dos reducciones: una celebración formalmente correcta pero incapaz de implicar a la comunidad, y una celebración aparentemente cercana que altera el rito hasta ocultar el misterio. La verdadera renovación une fidelidad, formación, belleza, hospitalidad y caridad.

**Para recordar.** La fecundidad pastoral no se mide sólo por el número de asistentes o por la impresión emotiva. Se reconoce cuando la comunidad aprende a dar gracias, vivir en comunión, servir a los pobres y anunciar a Cristo.

## VII. El ars celebrandi de la Eucaristía

El *ars celebrandi* es el arte eclesial de realizar el rito de modo que el misterio pueda manifestarse y la asamblea participar. No es teatralidad, gusto estético subjetivo ni dominio de un ceremonial complicado. Es competencia ritual nacida de la fe, de la obediencia a la Iglesia y de la atención a las personas concretas.

### 1. Fidelidad al rito

La primera forma de humildad celebrativa consiste en recibir los libros de la Iglesia. La fidelidad no es rigidez. El Misal ofrece opciones y adaptaciones, pero deben utilizarse dentro de su lógica. Las improvisaciones continuas desplazan la atención del misterio a la personalidad del celebrante y dificultan que el pueblo reconozca la oración común de la Iglesia.

La fidelidad incluye los textos, la estructura, los ministerios, los gestos y los silencios. No basta pronunciar las palabras válidas si se desfigura la acción. Tampoco es necesario añadir explicaciones a cada momento. El rito bien realizado posee una capacidad pedagógica propia.

### 2. Comprensión teológica y mistagógica

Los gestos se realizan bien cuando se comprende su significado. Quien preside debe saber por qué venera el altar, guarda silencio, extiende las manos, eleva los dones o parte el pan. Esta comprensión evita el automatismo y la sobreactuación. La formación litúrgica no consiste en memorizar movimientos, sino en dejar que el cuerpo exprese la fe de la Iglesia.

La mistagogía influye también en las elecciones. Un prefacio, una Plegaria eucarística, un canto o una monición se eligen según el misterio y la asamblea, no por gusto privado. La preparación espiritual del celebrante permite que la presidencia sea orante y no meramente funcional.

### 3. Noble sencillez y verdad de los signos

La noble sencillez elimina lo superfluo sin empobrecer. Los signos deben ser verdaderos: pan con apariencia de alimento, vino digno, altar visible, ambón estable, libros apropiados, vasos y vestiduras cuidados. La pobreza ritual no es sencillez; la acumulación no es solemnidad.

La verdad exige proporción. Una procesión debe tener sentido y recorrido; el incienso debe utilizarse de modo completo; la fracción debe ser visible; el silencio debe ser real. Los gestos mínimos e imperceptibles empobrecen, mientras los gestos exagerados llaman la atención sobre el ministro.

### 4. Ritmo, voz, gestos y silencio

Celebrar exige un ritmo que permita comprender y orar. La prisa destruye la densidad de los signos; la lentitud artificial produce cansancio y espectáculo. Cada texto tiene un género: no se proclama igual una monición, una lectura, una oración presidencial o la Plegaria eucarística. La voz debe ser clara, natural y suficientemente proyectada, sin tono declamatorio continuo.

Los gestos han de ser claros, completos y sobrios. La mirada, la postura y los desplazamientos deben expresar atención al misterio y a la asamblea. El silencio se guarda en los momentos previstos: acto penitencial, colecta, después de las lecturas y la homilía, y tras la comunión. No es ausencia de acción, sino una forma intensa de participación.

### 5. Diferenciación y coordinación de ministerios

Cada ministro ocupa su lugar y cumple su función sin invadir la de otro. La coordinación previa evita búsquedas, instrucciones públicas y vacilaciones. El presidente no debe asumir por comodidad todas las funciones ni delegar las que le corresponden propiamente. El diácono, cuando está presente, ejerce su ministerio real en el Evangelio, la oración, el altar y la despedida.

La pluralidad ministerial debe aparecer como unidad, no como suma de protagonismos. Lectores y cantores no actúan ante un público; sirven a la Palabra y a la oración. La ubicación, vestidura y modo de intervenir han de ayudar a reconocer la función sin convertirla en distinción social.

## 6. Presidencia al servicio de la oración

Presidir no es actuar como presentador ni animador. El sacerdote sirve a Cristo y a la asamblea: abre y cierra la oración, proclama las plegarias presidenciales, coordina y garantiza la unidad. Debe establecer contacto real con el pueblo sin convertir la liturgia en conversación informal.

Las oraciones presidenciales se pronuncian con brazos extendidos, voz clara y orientación a Dios. La mirada, la postura y el tono deben mostrar que se está orando con la Iglesia y por la Iglesia. El celebrante no interpreta un papel; presta su voz y su cuerpo a una acción que lo supera.

## 7. Música, espacio y belleza

La música es parte de la acción ritual, no fondo ambiental. Hay que respetar la jerarquía de los cantos: aclamaciones, salmo, canto de entrada y comunión, ordinario y cantos procesionales. El repertorio debe ser litúrgico, bíblico, teológicamente adecuado y accesible. La calidad artística sirve a la oración cuando no desplaza a la asamblea.

El espacio debe hacer visibles altar, ambón y sede, favorecer la reunión y permitir los movimientos. La iluminación, la limpieza, las flores y el orden contribuyen a la belleza. La belleza litúrgica nace de la armonía, la autenticidad y el cuidado, no del lujo ni de la decoración excesiva.

## 8. Evitar dos extremos

El **rubricismo mecánico** cumple externamente las normas, pero puede perder la conciencia del misterio, la asamblea y el sentido de los signos. La **creatividad arbitraria** modifica textos, añade gestos, dramatiza o convierte la celebración en vehículo de opiniones particulares. Ambos extremos hacen que el rito deje de ser verdaderamente recibido y celebrado.

El arte de celebrar une obediencia y vida, norma y espiritualidad, precisión y naturalidad. La mejor celebración no es la que llama la atención sobre sí misma, sino la que conduce a Cristo, manifiesta a la Iglesia y permite que los fieles participen plenamente en el misterio pascual.

**Idea clave.** El criterio decisivo del ars celebrandi es la transparencia: los ministros, la música, el espacio y los gestos sirven para que aparezca Cristo como protagonista y la Iglesia como sujeto celebrante.

## Síntesis final

La Eucaristía nace de la última Cena y conserva, a través de una historia rica y compleja, el núcleo recibido del Señor: tomar el pan y el cáliz, dar gracias, partir, dar a los discípulos y hacer memoria. Las formas rituales han evolucionado en diversas tradiciones, se han enriquecido, oscurecido y reformado, pero la Iglesia continúa celebrando la única Pascua de Cristo.

El rito actual articula una única acción: la comunidad es convocada, escucha la Palabra, responde con fe, presenta los dones, se une a la acción de gracias y a la ofrenda de Cristo, comulga y es enviada. El Misal, los ministerios, la concelebración, el culto fuera de la Misa y la pastoral deben comprenderse desde esta unidad.

La celebración eucarística es acción de Cristo y de la Iglesia. La participación activa no consiste en hacer muchas cosas, sino en entrar por la fe, el cuerpo, la voz, el silencio y la vida en la acción del Señor. La fidelidad al rito, la noble sencillez, la verdad de los signos y la coordinación de los ministerios permiten que el misterio se manifieste.

**Síntesis decisiva.** Cristo convoca, habla, se ofrece, alimenta y envía. La Iglesia escucha, da gracias, se ofrece, comulga y sale a vivir la caridad. Esta doble acción inseparable constituye el corazón de la celebración eucarística.

## Vocabulario fundamental

**Anámnesis:** Memorial litúrgico por el que la Iglesia proclama y celebra la Pascua de Cristo como acontecimiento salvador presente.

**Epiclesis:** Invocación del Espíritu Santo sobre los dones y sobre la asamblea para la santificación y la unidad.

**Plegaria eucarística:** Gran oración presidencial de acción de gracias, santificación, memorial, ofrenda e intercesión que constituye el centro de la Misa.

**Actuosa participatio:** Participación plena, consciente, piadosa y activa de toda la persona y de la asamblea en la acción litúrgica.

**Concelebración:** Celebración conjunta de la única Eucaristía por varios presbíteros bajo la presidencia de uno, como signo de la unidad del sacerdocio.

**Fracción del pan:** Gesto de partir el Pan eucarístico para la comunión; antiguo nombre de la Eucaristía y signo de la unidad de los muchos en un solo Cuerpo.

**Memorial:** Acción litúrgica que no sólo recuerda, sino que hace presente sacramentalmente la obra salvadora de Dios.

**Misterio pascual:** Pasión, muerte, resurrección, ascensión de Cristo y don del Espíritu, centro de la liturgia y de la vida cristiana.

**Noble sencillez:** Criterio celebrativo que elimina lo superfluo y garantiza signos claros, verdaderos, dignos y proporcionados.

**Reserva eucarística:** Conservación de las especies consagradas, principalmente para la comunión de enfermos y el Viático, de la que nace el culto de adoración.

## Cuestiones para el estudio y la reflexión

1. Explique por qué la Eucaristía es a la vez fuente y culmen de la vida cristiana.
2. ¿Qué significa afirmar que la Misa es memorial sacramental del misterio pascual?
3. Muestre la relación inseparable entre sacrificio, presencia y banquete.
4. ¿Cómo se articulan la acción de Cristo y la participación de la Iglesia?
5. ¿Qué testimonios ofrecen san Justino y la Tradición Apostólica sobre la estructura eucarística?
6. Señale los principales cambios de la celebración durante la Edad Media y la época tridentina.

7. ¿Cuáles fueron los criterios fundamentales de la reforma del Vaticano II?
8. Explique la finalidad de los ritos iniciales y el significado de la colecta.
9. Describa la dinámica dialogal de la liturgia de la Palabra.
10. Enumere y explique los elementos principales de la Plegaria eucarística.
11. ¿Qué significado poseen la fracción del pan, el canto del Cordero de Dios y el Amén de la comunión?
12. ¿Qué función desempeñan el Misal, el Leccionario y el Evangeliario?
13. Explique el significado eclesial de la concelebración.
14. ¿Cómo se relacionan la reserva y el culto eucarístico con la Misa?
15. Proponga criterios concretos de ars celebrandi para voz, gestos, silencio, música y ministerios.